

COLOMBIA A CORAZÓN ABIERTO

Sonia Nadezhda Truque

Carlos Arturo Truque nació el 28 de octubre de 1927 en Condoito, departamento del Chocó. Hijo de Sergio Isaac Truque Müller y Luisa Asprilla; su madre era afrodescendiente del Pacífico colombiano, mientras su padre era hijo de alemanes que habían llegado al Chocó como mineros para la explotación de platino.

Cuando tenía un año su familia se trasladó a Buenaventura, lugar de residencia transitorio, donde su padre se dedicó al comercio, llegó a ser un hombre próspero y se convirtió en líder político conservador. Es allí donde el mundo del autor comienza a tomar forma, y empieza a constituirse en real y simbólico, a partir de lo que observa en este puerto, de gran importancia comercial en la ruta del Pacífico.

Comienza sus estudios de bachillerato en Cali, en el Colegio de Santa Librada, con el apoyo de su tío Elcías Truque. En esta ciudad tiene algunas experiencias que acrecientan su carácter rebelde y afirman su mirada sobre la discriminación social y racial, lo cual consignaría años después en un texto publicado con el título de “La vocación o el medio. Historia de un escritor.”

Vivió en Popayán donde terminó el bachillerato y comenzó la carrera de ingeniería, de la que solo cursó un año dado que no era su vocación sino la decisión de su padre. Su determinación de no

terminar sus estudios lo condujo a un largo rompimiento con su progenitor, que era bastante rígido y autoritario con sus hijos. En esa ciudad da a conocer sus primeros trabajos literarios en revistas estudiantiles y en el periódico *El Liberal*; además, escribe comentarios de libros, biografías breves, y poesía bajo el seudónimo de “Charles Blaine”, o su apellido invertido, “Euqurt”. Entabla relaciones con varios líderes del Partido Comunista, al cual pertenecería por varios años, entre ellos Matilde Espinosa de Pérez y Luis Carlos Pérez.

Muy joven entró a trabajar en un juzgado en San Martín, en los Llanos orientales, cargo que desempeñó de 1947 a 1951, año en que regresó a Buenaventura. Conoce a Nelly Vélez Benítez, joven oriunda de Palmira, cuando trabajaba como locutora en una emisora en Cali. Luego de casarse el 4 de octubre de 1952, deciden vivir en Buenaventura donde trabajaba con la Flota Mercante Gran Colombiana, como registrador de carga en el muelle. Se relaciona con Cicerón Flórez y Ángela Góngora, y junto con el chileno Crovo Amont inician proyectos periodísticos los cuales desestimó al intuir que su norte estaba en Bogotá, ciudad donde fijó su residencia en 1954.

Colombia atravesaba un difícil momento histórico luego de la segunda administración de López Pumarejo, seguida del *Bogotazo*, y la llegada a la Presidencia del general Gustavo Rojas Pinilla en 1953, quien ejerció una dictadura que golpeó seriamente la producción intelectual al imponer una severa censura a la prensa y al pensamiento crítico, el cual fue amordazado (Donadío, 1998).

Esta pretendía limitar la información sobre orden público que estaba directamente relacionada con la pacificación de los grupos guerrilleros que se habían acogido a la amnistía propuesta por el Gobierno, y que operaban en el Tolima, los Llanos orientales y Santander y se estaban reorganizando.

A propósito de la relación entre violencia y literatura, Oscar Torres Duque ubica el quincenario *Crítica* como uno de los referentes de la oposición y la represión de la dictadura. Fue fundado por Jorge Zalamea días después del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y dirigido por él mismo,

[...] con el firme propósito de difundir las más recientes manifestaciones culturales del país y del mundo, pero al amparo de un no vedado sectarismo de partido. Zalamea había montado allí su artillería contra los gobiernos conservadores, y ese hecho impidió que lo cultural fuera en su quincenario una actitud de conjunto frente a la realidad del país (Torres, 1998).

En la misma línea, en 1955, el poeta Jorge Gaitán Durán funda la revista *Mito*, otra publicación que daría una sacudida a la mentalidad colombiana, como lo interpretó Hernando Téllez:

En estas condiciones, que como todas las condiciones sociales tienen su explicación, su interpretación y su justificación, *Mito* aparece como un conjunto de magníficas extravagancias, la primera de las cuales es su inconformidad con el medio. *Mito* ha querido ser el antinomio nacional. Cuanto en estas páginas se ha impreso ha resultado fastidioso e intranquilizador o incomprendible para la opinión vulgar y corriente...Pero a la masa común, la gran clase media de lectores que se alimentan espiritualmente en los noticieros culturales de los periódicos y en la sección de crónicas y comentarios de los mismos les debió parecer *Mito* un pedante crucigrama hecho por gentes ociosas e insolentes, amigas de escandalizar a los buenos burgueses (Téllez, 1975).

Esta revista publica por primera vez, en 1956, el testimonio de Carlos Arturo Truque, “La vocación y el medio. Historia de un escritor.”, hecho que tiene que ver con las circunstancias vitales del autor, quien además recibió el apoyo económico de Gaitán Durán y de Juan Lozano y Lozano. Dada su posición intelectual, el momento político lo dejaba marginado de cualquier posibilidad laboral. No obstante, en 1951 obtuvo un premio especial en el Festival de Berlín (RDA) por su obra dramática “*Hay que vivir en paz*”, que fuera publicada en el quincenario *Crítica* y que marcaría el inicio de sus años de reconocimiento. En 1953 ganó el Premio Espiral —que se otorgaba gracias al esfuerzo solitario del editor español Clemente Airó— con el libro *Granizada y otros cuentos*, lo que motivó al escritor, como ya se mencionó, a trasladarse con su familia a Bogotá al año siguiente. La primera temporada en la fría capital fue dura:

llegó con su hija mayor –después vendrían dos más-, el matrimonio no encontraba trabajo y contaba con pocos conocidos. Colaboró entonces en revistas con artículos que no podía firmar debido a su conocida posición en contra del Gobierno. Por otra parte, en 1952, Manuel Zapata Olivella da inicio a su gran proyecto *Letras Nacionales*, publicación de la Fundación Colombiana de Investigaciones Folklóricas, que se encargaría de difundir los nuevos valores de las letras colombianas, con números monográficos y cuya circulación llegó hasta finales de los setenta. El encuentro Truque con Zapata Olivella es uno de los más afortunados de su vida. No solo por la complicidad literaria, sino por los vínculos que establecieron las dos familias. Por esta época se cuenta entre los contertulios del famoso Café Automático en su primera sede, contigua al parque Santander, frecuentada entre otros por el poeta León de Greiff.

Una vez en Bogotá, en 1954, y durante los años de represión, la Asociación de Escritores y Artistas de Colombia le otorga el tercer premio por su cuento “Vivan loscompañeros”. Luego en 1958 ocupa el tercer lugar en el Concurso Folklórico de Manizales con su cuento “Sonatina para dos tambores” y en 1956, en el V Festival de Arte de Cali recibe una mención por el cuento “El día que terminó el verano”.

Después de estos años difíciles, al finalizar la dictadura de Rojas Pinilla, encuentra un alivio a su situación económica, al ocupar el cargo de Secretario del Instituto de Investigaciones Históricas del Ministerio de Educación Nacional; y luego, siendo embajador de Haití en Colombia HubertCarré, el de agregado de prensa en esa delegación. En 1963 aparecieron en la revista *Cromos* biografías escritas por él, sin firmar, y que su esposa guardó celosamente como un importante trabajo. Con Carlos López Narváez trabajo como traductor del inglés y del francés, al tiempo que hacía libretos para televisión.

En 1964 se rompe definitivamente la vida del escritor, al sufrir una trombosis cerebral que lo dejó incapacitado para trabajar y escribir. Durante su enfermedad estuvo rodeado de amigos como Manuel Zapata Olivella, quien logró encontrarle un cupo en el Hospital de la Hortúa; el ex magistrado Jairo Maya Betancourt, quien le demostró una preocupación de hermano; y de Otto Morales Benítez,

Matilde Espinosa y Luis Carlos Pérez, entre otros. Hasta su deceso, su esposa Nelly lo animó para que siguiera escribiendo. Se contrataron varias secretarías, y con terapias y gran esfuerzo logró escribir algunos cuentos, pero el estado de ánimo decaía; no obstante, dejó varios escritos a mano que su esposa rescataría. Muere en Buenaventura, Valle del Cauca, el 8 de enero de 1970 a la edad de cuarenta y dos años.

EL CUENTO, VOCACIÓN IRREFUTABLE

Para poner en contexto su obra literaria, reproduzco una entrevista donde define sin ambages su preferencia por el cuento como género literario, y responde a varias preguntas. Esta es una de las entrevistas que en 1960 J.M. Álvarez d'Orsonville publica en un libro llamado *Colombia literaria*, el cual reproduce conversaciones acerca de distintos temas con diferentes personajes de la cultura.

En lo que se refiere al género cuento en Colombia, ¿cuál es su opinión?

El género cuento no ha tenido en nuestro país el cultivo necesario. Una modalidad tan exigente impone ciertas cualidades de observación, agudeza psicológica y capacidad de síntesis que no todos poseen. La demasiada afición de nuestros literatos por la poesía ha ayudado a que el cuento, la novela y el ensayo, para no decir nada del teatro, se hayan quedado sin recibir el impulso deseable. El cuento, ya en la segunda parte de la pregunta, es brevedad, es la síntesis de un momento vital. El buen cultivador del género sabe darle siempre la hondura necesaria, en unos cuantos trazos, a los caracteres que describe y la intensidad suficiente a cualquier episodio de la vida por sencillo y vulgar que sea. Hay una tendencia heredada de los modernos cuentistas norteamericanos, a rodearlo de cierto resplandor poético- simbólico, que por cierto no corresponde al punto de mayor grandeza en la modalidad. En los escritores de la última generación de Estados Unidos se ha operado esa desviación como un réplica y manifestación de inconformidad juvenil contra las grandes figuras del año 1930, cuando la literatura protesta, reflejo de la crisis económica que azota al mundo capitalista, llegó a su cúspide con Dos Pasos, Hemingway, Sinclair Lewis, O'Henry y otros.

¿Cree usted, entonces, que los escritores colombianos deben tomar el camino de lo social?

No creo que sea deber abrir el camino a los planteamientos sociales en la literatura. Ellos existen independientemente de ese deseo. Están allí, no pueden ser negados. Me atrevería a decir que dada la gran cantidad de problemas de esa índole que nos agobian, es una tradición que los escritores se dediquen a hacer incursiones desafortunadas en el mundo conturbado de Franz Kafka o hagan perfectísimos pastiches de William Faulkner. Y hago la aclaración de que no veo con malos ojos que la juventud se mire en esos nombres y los tome como guías. Es innegable que la técnica de estos ha llegado a un grado tal de perfeccionamiento que sería estulticia no aprovecharla para nuestras elaboraciones, pero, eso sí, con nuestros propios contenidos y nuestras propias respuestas. Es una verdad muy sabida que lo que se adapta en demasía se estanca; y esta verdad de sociología, lo es también para la literatura.

¿Qué debe ser el cuento en esta época? Señale su base y finalidad.

El cuento, a mi modo de ver y respetando las opiniones en contrario, que las hay de porrillo, es solo la descripción exhaustiva de un momento vital. En su brevedad debe llevarlo todo y agotarlo todo. Esta cualidad, de fácil apariencia, se ha prestado a muchas tergiversaciones por parte de quienes ve en él el camino más amplio. Visto un poco más seriamente, sin embargo, exige condiciones especiales, entre ellas una profunda experiencia vital. Porque no se puede pintar lo que no se conoce.

¿Cree usted que el cuento es un género literario que responde a las preocupaciones intelectuales del momento?

El género cuento, como cualquier otro, puede corresponder o no al momento, según el creador quiera o no darle esa finalidad. Muchos fueron los contemporáneos de Máximo Gorki que escribieron relatos; pero él se recuerda hoy entre los grandes, porque su labor tuvo mucho en común con las preocupaciones y los problemas del hombre y de su época. Gorki nos dio una visión exacta del alma rusa, el modo de ser del campesino, del vagabundo, de la prostituta. No temió decir nada, por vulgar que fuera, pues entendió que todo tiene su belleza y que el pecado y los vicios, que tanto espantan a

los moralistas, son parte de la naturaleza humana. El caso vuelve a repetirse en Estados Unidos cuando la Gran Crisis. Esta trajo como consecuencia un tipo de ficción basada en problemas reales; pero con el toque genial de los creadores para diferenciarlos de las crónicas más o menos reales, pero trascendentes.

¿Existe una tradición del cuento en nuestro país?

En un sentido riguroso, no. El cuento ha tenido en todas sus etapas de la historia literaria del país sus cultivadores; pero ha faltado una vigorosa línea de continuidad; de calidad también, como para asegurarle una tradición verdadera. Generalmente lo que más hemos tenido son realistas habilidosos en el lugar común de los cuentos navideños, los amores campesinos de falso hábito costumbrista. Esta modalidad ha sido la de mayor arraigo y su influencia en nuestros días es más perjudicial que benéfica.

¿Cuáles son para usted y en la actualidad los verdaderos exponentes en el género del cuento?

Se podrían citar varios nombres: pero, para evitar enojosas omisiones, se puede afirmar que entre la juventud hay un movimiento de revitalización del género, que corresponde por vez primera a las formas modernas del mismo. Ya esta circunstancia indica un paso hacia adelante y un afán de liberarse del punto muerto del lugareñismo sin dimensiones; sin que quiera decir que no deba usarse el venero regional. Abogo solamente por su más adecuada utilización con miras a universalizarlo.

¿A qué factores atribuye el desdén de nuestros literatos por los temas autóctonos?

Como ya lo he dicho, a un ingenuo anhelo de universalidad y también al hecho de que los escritores carezcan de personalidad. No hay nadie en Colombia que se atreva pensar diferente a como lo hace el director del periódico o la revista que le publica con determinada frecuencia los artículos. En este sentido es un mero asalariado de la gran prensa, un peón que piensa políticamente con el propietario y guarda la fidelidad que de él se exige. El escritor en Colombia, país de los derechos humanos y del civilismo, no tiene la libertad requerida para el cumplimiento de su misión; porque cuando no es el apéndice mendicante de un partido, se le hace imposible el acceso a los medios de divulgación, única manera de

salir del anonimato en nuestro medio carente de una industria editorial bien orientada.

SUS CUENTOS

La obra de Carlos Arturo Truque es breve pero interesante por la variedad de temas que abordó en sus veinticinco cuentos. Uno de los más señalados es la violencia y la guerra, donde hace muy evidente su posición ideológica, su visión de mundo y del país. Sin embargo, no deja de lado otros tópicos como el origen racial, sobre todo si se tiene en cuenta su condición de mestizo, la negritud, a través del cual recoge tradiciones de sus antepasados negros, la dificultad social, la cuestión afectiva, y finalmente lo religioso.

Desde el punto de vista de la violencia, son varios los cuentos en los que hace alusión a esta, como “Vivan los compañeros”, “Sangre en el Llano” “José Dolores arregla un asunto” y “La Diana” en los que recrea distintos momentos de la violencia y sus diferentes manifestaciones.

Uno de los cuentos que más ha llamado la atención a los antólogos es “Vivan los compañeros”. Es uno de los pocos que están escritos en primera persona y narra el desplazamiento de un grupo de guerrilleros por una trocha de los Llanos orientales, donde se habían reunido campesinos de otros lugares del país. La descripción de los personajes incluye al Estudiante, quien es el narrador, llegado de la ciudad y es el único letrado y al que se da como tarea enseñar a leer a Florito, gravemente herido. Ayala, en oposición, es descrito como un guerrillero de temer, sanguinario; sus actividades son las que el Gobierno conservador perseguía con saña; el bandolerismo. Además, aparecen otros personajes, todos guerrilleros de distinta procedencia y condición, lo que da una muestra del ambiente que se puede uno imaginar en las guerrillas del momento, y que ilustra un poco la situación vivida en combate.

Dos ejemplos de las diferentes prácticas de la violencia están consignados en “Sangre en el Llano” y “La Diana”. El primero relata otro episodio de las guerrillas del Llano y, muestra con claridad meridiana la cruenta práctica de la violación como arma de guerra, de la que es víctima la mujer de Luis Urquijo, el pro-

tagonista, quien rememora este acontecimiento y que lo mueve a cometer los actos que se describen como una venganza.

“José Dolores arregla un asunto” y “La Diana” tienen lugar durante la Guerra de los Mil Días”, ocurrida entre 1899 y 1902, la cual afligió al país luego de una serie de guerras civiles ocurridas en las últimas décadas del siglo XIX. En este caso la disputa partidista se dio entre el bando histórico de los conservadores y los liberales, y ha sido interpretada como una contienda fratricida que sumió al país en un deterioro moral y económico que conduciría a otras y prolongadas manifestaciones de violencias.

En el primer cuento, la guerra es vista desde el interior de la familia, cuando uno de sus miembros es reclutado a la fuerza para ir a combatir en un conflicto que desconocía. Un hombre y una mujer llegan hasta la casa para charlar con José Dolores. No se ubica el espacio, pero se percibe claramente que es el campo.

El segundo cuento describe la soledad de un pueblo que ha visto huir a sus habitantes en el momento en que es tomado por fuerzas del Gobierno en cabeza del coronel Ruperto García, que pese a ser legítimo representante del Estado, ingresaba artículos de contrabando por la frontera. El protagonista va a morir al toque de diana, otra de las formas de expresión de la crueldad, propia de los años de la Guerra de los Mil Días.

Por otra parte, como lo señalamos antes, como segundo tema recurrente en sus cuentos, hay una clara intención racial, al poner de manifiesto el tema de la negritud. En los cuentos “Sonatina para dos tambores”, “La aventura de Tío Conejo” “Fucú”, “El Pigüita” y “De cómo Jim empezó a olvidar” abordó el tema racial como un ajuste de cuentas con su origen mestizo: hijo de padre blanco y madre negra. También se nota la intención de reivindicar a todos los sectores marginados de una sociedad como la colombiana, de mentalidad oligárquica, racista y excluyente. En “Sonatina para dos tambores” la presencia africana es evidente; la historia transcurre a orillas del río Timbiquí, en un sitio denominado Santa Bárbara de Timbiquí, durante las fiestas en honor a Santa Bárbara del Rayo, la versión sincrética de la cosmogonía yoruba del dios Changó. Están de fiesta, y el tema de la tradición de los bailes, los sonidos, la música, las costumbres que enumera y mezcla con el relato de

la tragedia de Damiana que agoniza de enfermedad pulmonar, es muy evidente.

A lo largo del cuento se escuchan los instrumentos musicales de la tradición afroamericana (cununos, tambores) y se danza patacoré y juga, la contagiosa alegría del litoral Pacífico. De hecho, en varios párrafos del cuento, el ritmo de la prosa parece seguir el de los tambores: en la descripción de la angustia de Martín, el protagonista; en la evocación de los recuerdos; y en el relato de la fiesta.

En “La aventura de Tío Conejo”, el único cuento para niños del autor, retoma uno de los seres imaginarios que perduran desde épocas tempranas de la esclavitud. En este cuento Truque “respeta la estructura simple de los relatos de la oralidad afrocolombiana, trabaja con pocos personajes, y no precisa casi nunca el sitio donde sucede la acción. Tío Conejo, Guatín o Patecera son los nombres con los que se conoce en el territorio nacional. Es un personaje popular, a veces astuto, otras cándido, que vence o es vencido y sus historias hacen las delicias de los niños” (Truque, 2007).

“Fucú” es uno de los cuentos poco conocidos ya que su esposa Nelly lo rescató de los manuscritos en que trabajó cuando enfermó. En el litoral Pacífico la usan para indicar mal agüero, mala suerte. El ritmo que utiliza en “Fucú” hace que se pueda leer como un poema en prosa. Es la historia de una contravención a la creencia popular de los marineros de que si bautizan una embarcación con nombre de mujer o permiten que viaje con ellos acarreará mala suerte, como le sucedió al capitán Torreblanca, que verá como su balandra, *La Marianita* llamada así en honor a una mujer del mismo nombre que había conocido en una viaje, se oxida en la arena.

“El Pigüita” es la historia del hijo de una mujer negra que trabajaba en un café y del encuentro esporádico con un marinero blanco con quien tuvo un niño que abandonó y que creció en la holgazanería de la playa jugando fútbol con la pandilla que lo hizo blanco del apodo y que desde pequeño tuvo que dedicarse a vender periódicos. Aquí también explicita la mezcla racial cuando describe al Piguita con “ el pelo candela y los ojos azules”

“De cómo Jim empezó a olvidar” es una historia de desarraigo. Jim es un extranjero del que no se menciona su nacionalidad, que

llega a una tierra lejana, de lengua y cultura extraña, que siempre evoca a una mujer blanca, rubia, que es su pasado, y que, obviamente, no volverá a encontrar, porque se encontrará con “otra” y ese encuentro le permite empezar a olvidar.

En cuanto a las tensiones sociales, podemos empezar por decir, como dice Estanislao Zuleta en su célebre ensayo *Elogio de la dificultad*, que la vida sería muy aburrida si se viviera en un océano de mermelada. Claro, la dificultad impulsa. ¿A dónde? Depende de quién la esté viviendo y de sus códigos o valores. En este sentido varios de los cuentos de Carlos Arturo Truque se pueden leer bajo esta premisa. Las dificultades sociales de sus personajes en su obra, provengan de donde provengan, del campo o de la ciudad, o estén involucrados en luchas sociales, son el *leit motiv* de la narración, lo cual es muy claro en “La noche de San Silvestre”; “Lo triste de vivir así”; “Granizada”; “Porque así era la gente”; “Las gafas oscuras”; “Puntales para mi casa” y “El encuentro” cuento en el que se hace una clara alusión a 1928 y los inicios de la clase obrera en Colombia con las protestas de la zona bananera contra la United Fruit Company que desembocó, como se sabe en una cruenta masacre.

Así, en el primero, es evidente la falta de solidaridad, por la escasez de recursos, que sufre una pareja en la noche que le da título al relato, pues su hijo está agonizando, y ningún médico lo auxilia. En el segundo, el narrador-protagonista lleva seis meses sin trabajo. Está angustiado por el futuro de sus hijos y también por la incompreensión de su mujer, de tal forma que evade la situación mientras pasa los días en la banca de un parque conversando con otros hombres en igual situación. “Granizada” es uno de los que más se han incluido en antologías tanto colombianas como del exterior; muestra sin ambages la situación del minifundista, del precio que tiene pagar por defender su tierra de la voracidad del sistema financiero y de la violencia de la naturaleza que con una granizada se lleva las esperanzas de Anselmo, Eulalia y su hijo.

“Porque así era la gente” muestra la soledad del hombre desposeído que, en medio de la desesperación por encontrar refugio, rompe una vitrina para hacerse arrestar y de esta manera poder

dormir y hasta comer en la cárcel. “Las gafas oscuras” está escrito con la técnica del humor negro, y al decir del poeta Juan Manuel Roca debería ser incluido en las mejores antologías de ese género; resume la picardía de la delincuencia urbana. Finalmente, “Puntales para mi casa” plantea el inicio de la liberación femenina y la incursión de la mujer en política.

Otro de los temas que marcan su obra es la cuestión afectiva. El tema del amor como lo definiera Francesco Alberoni en *Enamoramiento y amor*, no es más que un movimiento colectivo de dos. En general los cuentos están atravesados por estas pasiones, incluso los que hemos expuesto para resaltar los asuntos antes mencionados.

Por otro lado, pareciera una incongruencia que un escritor que profesaba a voz en cuello su ateísmo, que se decía marxista-troskista, que leyó a Lenin y siempre decía “la religión es el opio del pueblo” hubiera escrito tres cuentos que suscitan cierta inquietud religiosa tales como “El milagro”, “Longinos” y “El collar”. Efectivamente se narran, en los dos primeros, hechos sobrenaturales que rayan con lo milagroso; por ejemplo, en el pueblo de Majagual, se roban un collar de esmeraldas que se hizo para la imagen de la virgen, el cual es restituido de manera extraña en una misa. “Longinos” narra la pasión de Cristo a través de la experiencia del centurión que lo traspasó con su lanza el día de su crucifixión. Es la historia del hombre que no deja sufrir al otro y que además es objeto de un milagro pues cuando cae en sus ojos agua mezclada con la sangre de Cristo recupera la vista. Pero está el otro lado de la visión religiosa, no ya del milagro sino el fanatismo, como lo muestra “El collar”, es el extremo al que llega la protagonista, quien muere de hambre cuando logra poner en la nueva imagen de la Virgen, recién adquirida por la iglesia, un pesado collar de oro que había adquirido, probablemente dejando de comer.

FUENTES:

AlvarezD'Orsonville, J. M. (1960). Entrevistas. Vol.III.

Donadío, A. (1968). Gobierno de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1958). En Gran Enciclopedia de Colombia. Bogotá: Círculo de Lectores.

Truque, S.N. (2007). Las travesuras del pícaro Tío Conejo. Bogotá: Tiempo de Leer